das del cuello era la que habia llegado hasta la sesta vértebra, roto la médula espinal, y producido una muerte instantánea. La lucha debia haber sido terrible, porque la víctima era de una constitucion fuerte y vigorosa.

El almacen y la mayor parte de los muebles, estaban llenos de sangre. En la puerta del corredor se veian unos grandes manchones, que parecian probar provenir de unas manos ensangrentadas que habian tratado de abrirla. Al lado del cadáver habia una almohada ensangrentada, y en el mostrador una colcha tambien manchada. En la alcoba, las cortinas de la cama y la sábana de encima, salpicadas acá y acullá, atestiguaban que los asesinos habian pasado por allí, y que se habian limpiado las manos en ambas cosas. La cómoda estaba abierta, y los cajones esparcidos por el suelo. De allí habian estraido los ladrones un talego con 720 francos en oro, unos 400 en plata y unos 100 en moneda menuda, y sobre valor de unos 400 francos en plata labrada.

El crímen se habia perpetrado en el intérvalo de tiempo que medió entre la primera y la segunda ida de la hija de Renault á su casa.

Sigamos á los asesinos desde que lograron bajar la escalera sin escitar sospechas en la pobre niña.

Los dos volvieron á salir por la calle del Temple hasta el *boulevard*, primero apretando el paso, y luego, corriendo á todo correr. A unos cien pasos mas allá del núm. 91, se encontraron con una mujer que venia en sentido contrario del arrabal del Temple. Esta, que se llamaba la señora Aubert, oyó caer una cosa al suelo, que por el sonido se la figuró ser plata. Miró lo que era, y desde el otro lado de la calle, cerca de los Baños Turcos, un transeunte les gritó á los fugitivos: «Mirad que se os ha caido una alhaja de plata, venid á cojerla.» Entonces, el mas pequeño de los dos, volvió piés atrás despues de haber vacilado un instante, recojió una cuchara que se le habia caido, se la metió en uno de los bolsillos de detrás de la levita, levantó los faldones de esta y apretó á correr. En cuanto se reunió con su camarada, los dos, siempre corriendo, se dirigieron á la calle de Nuestra Señora de Nazareth. Al llegar allí, se pararon un poco y entraron en la calle. Al verlos, un mozo de cordel que estaba en la esquina, gritó de modo que ellos pudieran oirlo: »Estos son sin duda dos rateros, que dan tentaciones de echarles el guante.»

Un poco mas abajo, un muchacho que se habia cruzado con ellos, y que los habia medido de alto á bajo, con ese ojo escudriñador del *Pilluelo de París*, le dijo á la Aubert, con la que se encontró á unos cuantos pasos de aquel sitio: «¿Habeis visto esos dos hombres? El mas pequeño vá manchado de sangre.» Al decir esto, la señaló hácia el pecho debajo de la barba. Como el mas pequeño de los dos individuos en cuestion, llevaba una caja chata de la cual salia una cosa blanca, la Aubert se figuró que aquel la habia robado en algun almacen de modas.

Cuando los dos asesinos estuvieron delante del núm. 13 de la calle de Nuestra Señora de Nazareth, tuvieron un momento de consulta, miraron si los seguian, y el mas pequeño abrió bruscamente la puerta de un café de que era dueño un tal Rollin. El mas alto pasó muy deprisa por delante del mostrador, diciendo en tono brusco: «Dos vasos de agua con azúcar.» En seguida fueron á sentarse á la mesa que estaba mas distante de la puerta, en un rincon oscuro formado por el hueco de una escalera. En seguida se apoyaron de codos en la mesa, y se pusieron á hablar muy bajito: al lado de aquel sitio habia una puerta vidriera, detrás de la cual estaba cosiendo una mujer; esta era una jóven, á la cual la chocó mucho la palidez y la mala traza de uno de aquellos dos hombres que estaba de cara á ella. «Mirad, la dijo á otra mujer que estaba allí, ¿veis ese hombre? no parece sino que acaba de cometer algun crímen. Aquellos dos miserables conocieron que los observaban; se levantaron, dieron un puñetazo en la mesa, pagaron y desaparecieron.

En cuanto hubieron salido, se vió que habian dejado el azúcar intacto en los vasos y que habian vaciado la botella encima de la mesa. Al entrar allí no habian tenido otro objeto que lavarse las manchas de sangre que llevaban en las manos.

¿Quiénes eran?

Las primeras sospechas de la policía recayeron en dos cumplidos de presidio que habian sufrido su condena en Tolosa y que se llamaban Lesage y Soufflard. Sus señas eran las mismas que daban una porcion de testigos de los dos sugetos de quienes vamos hablando. La policía empezó por prender sobre treinta cumplidos de presidio que habian estado en relaciones con aquellos dos hombres, y tratando de descubrir los dos asesinos de la calle del Temple, resultó que se habia cojido una gran sociedad de malhechores.

Hé aquí los elementos de que se componia, y los actos culpables conque habia señalado su existencia.

El primero de todos, era Lesage: este fue condenado por primera vez, á un mes de prision, el 24 de junio de 1829; en 28 de diciembre de 1830, á siete años de trabajos forzados; en 1831, á veinte años. Se le dió la licencia en 11 de enero de 1838.

Luego viene Soufflard.

A los diez y seis años, fue sentenciado á un año por robo, en 24 de junio de 1831. En 1834, por robo, á cinco años de trabajos forzados; esta pena, se le conmutó en la de tres años de prision. Otra nueva condena le envió á galeras, en donde fue la desesperacion de los guardias de la chusma.

Micaud es el nombre del tercer bandido que completa el *comité* ejecutivo de esta asociacion.

Desde muy niño ha empezado á hacer sus pruebas de industria criminal; primeramente ha estado preso veinte meses en una casa de correccion; en 1830, ha sido condenado á siete años de encierro por contumaz, luego á cinco años de trabajos forzados por robo. En Tolon, en donde ha entrado en 1.° de noviembre de 1831, se ha hecho notable entre los incorregibles, entre los que en el idioma del local, se llaman *parroquianos*.

Estos tres hombres, están unidos por los lazos innobles de su vida pasada y casi siempre se les ha

(c) 2008 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación